



COMO UN PÁJARO EN LA TEMPESTAD

por michelle

A Francisco Torrado Bruguera

Lo sabía. Que al conocerte me ofrecerías algo preciosísimo que necesitaba, como ese amor al que tuvimos que renunciar o que nos fue arrebatado, salvaje, cruelmente, en dos momentos de la historia que nada tenían que ver, mas comunes por pertenecer al tibio y apasionado mundo del sentimiento, del tuyo, del mío. Que me lo ofrecías, esa emoción de la rebeldía y el conocimiento, del sentimiento volcado, vertido por el lago de la justicia, pues ningún otro podría ser equiparable al amor perdido, a aquel amor vinculado a la felicidad que apenas se llega a sentir, por la culpa maldita de un mundo de mierda que hiere y corrompe, en nuestras penosas e interminables existencias. Que nada más verte llegaba con fuerza el tendón de una amistad vital, que me nutriría de pasiones, que alentaría mi pulso, que embellecería mi mirada, que me sería, que nos sería, arrebatada por la muerte previsible, por el ácido de la muerte que todo lo destruye y que nada, nada puede corromper porque tu vida se prolonga en mis gestos limpios, porque estás en mí cuando me echo sobre los papeles, cuando me atraganto con las palabras de los libros que me prestas, cuando hablo del amor, del sexo, del atropello, del saqueo, de la más ponzoñosa y corrupta enfermedad

de la gente, la mezquina estupidez. Que me ofrecerías lo que no hallo, el espíritu puro de la lucha, porque tu vida es una hebra (tú y yo lo sabíamos al hablar del mundo) de ese frágil hilo de la historia de las personas a quienes les importan las cosas, ese hilo que hemos abandonado en la sepultura de la abulia, del cinismo, del vacío del desprecio, en estos años amorosos, huecos, perdidos del curso humano, donde parecía que podríamos al fin cambiarlo todo y muertos de vergüenza, suicidamente insensibles después y al final grotescos, lo hemos llenado todo de insignificancias venenosas (y yo deseo que estalle y nos entierre viv@s porque es imperdonable). Que cuando vi que desde la oscura historia que no viví —que en boca de nadie me llegó— venías a mí con tu hilo y me lo dabas, María, para que nos ayudara a prolongarlo, con la vida, porque cuando todo está perdido sólo nos queda la vida entera, porque prolongarlo es jugarse la vida, como sabes, desde tu belleza interior que rebosa las carencias, me lo dabas, ese valiosísimo regalo, en aquellos encuentros inagotables, las tardes blancas, a mí, cobarde y débil frente al mundo, para que me enrollara en él y siguiera tirando, para que me protegiera del mundo y sobre todo me abriera el espacio necesario

para escupir fuerte a tanta, tanta y tanta podredumbre, a tanta mentira, a tanto egoísmo corrompido por el más irracional y obsesivo no querer ver, la más estremeceadora incomprensión, el no tolerar mas que lo esclavizante, para que escupiera y dejara salir lo que nos hace bellas, y no sólo por nosotras sino, y eso me lo dices tú desde tu historia, por un compromiso con la gente que aún podría serlo, y ser justa; que tú, María, amiga marchada, te has muerto y me has dejado aquí, sin ti, sin tu fuerza y tu amor, con terror a que este mundo sangrante me arrebatase mi sangre que es tuya porque recoge tu nombre. Con terror a no poder prolongar lo que me ofreciste. Y cómo tú pudiste resistir a pesar de tu lucidez, a pesar de que no enterraste tu memoria ni ocultaste los hechos más brutales, y continuabas, resuelta, sólida dentro de tu cuerpo frágil, de pájaro en la tempestad, pequeña, frágil, poderosa, como lo que no es tangible, tú, María, María Bruguera, amiga, esencial incluso para los sordos oídos de la historia. El alivio de la muerte ahora para ti, y para mí, con tu herencia, la resolución terca de no cejar, de intentarlo, resistir.

Madrid, 27
de diciembre, 1992